

La tradición clásica en la poesía de Luis Alberto de Cuenca

(A través del libro de este título de Luis Miguel Suárez Martínez, Editorial Academia del Hispanismo, 2010, 340 pp.)

Francisco R. Adrados

Manteniendo el carácter de esta revista, desde su creación en 1933, como Revista de Filología Clásica y Lingüística Indoeuropea, es decir, dedicada a estudios críticos y filológicos de la Antigüedad y a reseñas de igual tipo, nos parece oportuno abrir en estas «Notas» un hueco a miradas esta vez poéticas, desde nuestro mundo sobre el mismo Mundo Clásico.

Es la mirada que lanza Luis Alberto de Cuenca, y que recogemos a través del libro de Luis Miguel Suárez Martínez. Luis Alberto de Cuenca, a su calidad de filólogo clásico, contrastada por varias obras y por su labor, durante varios años, como Secretario de esta Revista, une su calidad de poeta que nunca pierde su conexión con el mismo mundo clásico. Nos parece oportuno presentar aquí un libro que se ocupa de este tema.

Es lógico que su autor (desde ahora LMS) comience su libro presentando una necesaria introducción sobre la evolución de la poesía española en el último tercio del siglo XX. Es importante, desde nuestro punto de vista, el hecho del conocimiento y reflexión sobre los textos clásicos por parte de tantos ilustres poetas a partir de Gil de Biedma, José Ángel Valente, Pere Gimferrer, Ángel González, Claudio Rodríguez, Francisco Brines, etc. Testimonia la capacidad siempre renovada del mundo clásico de inspirar a los poetas de todas las edades. Por lo que se refiere a España, es realmente importante la huella que el cultivo de los clásicos en la enseñanza, en la fecha citada, ha dejado en nuestros escritores y poetas.

Señala LMS que posteriormente ese influjo fue bajando según se deterioraba nuestra enseñanza con la LOGSE y demás. No así en el caso de Cuenca, por razones obvias. Desde su primer libro poético de 1971, como señala LMS, aparece dentro de un grupo de poetas que escriben poemas entre los que abundan los de tipo culturalista, entre ellos los clásicos. Y también el esteticismo, el irracionalismo, el brillo «veneciano».

El autor de este libro lo abre con una interesante «Introducción» dedicada, primero, a Luis Alberto de Cuenca como «poeta filólogo» y, luego, a «La tradición clásica en el último tercio del siglo XX». De 1971 a 1978 aparecieron sus tres primeros libros poéticos, mientras hacía su libro filológico sobre Euforión de Calcis y otros estudios. Era el tiempo en que, superada la poesía realista, dominaba la poesía «novísima» o «veneciana», con mucho brillo imaginativo y frecuente influjo de la poesía alejandrina y de temas griegos y latinos en general, con influjos, sobre todo, de los alejandrinos, Catulo y Marcial, también Homero. A esta línea se sumó, en sus inicios, De Cuenca.

Ello se estudia en la «Introducción», que tiene tres capítulos: el primero sobre «Poética alejandrina y poética novísima», importante estudio sobre la influencia ale-

jandrina (en sentido muy amplio) en la poesía española. Siguen tres capítulos sobre los tres primeros libros de De Cuenca.

Son *Los retratos* (1971), *Elsinore* (1972) y *Scholia* (1978). Como el propio Cuenca dice, son profundamente culturalistas, sus fuentes están en los clásicos, greco-latinos o no, desde Cavafis y Villon, Keats, Ezra Pound, etc. Evolucionan hacia una mayor sobriedad, disminuye la dependencia directa de los clásicos. Pero mantiene una relación estrecha, mientras va disminuyendo, a veces, en sus contemporáneos. Y hay ciertos anticipos del grupo siguiente, sobre todo en *Scholia* o «Escolios».

Los libros suyos que a continuación LMS estudia y que comentaré, a partir de 1985, son los que él mismo califica «de línea clara»: libros menos románticos e irracionalistas, de estructuras métricas regulares y cerradas. En ellos brillan, no menos que en los anteriores, los temas clásicos, muchas veces como alusión, punto para saltar a nuevas visiones, ampliar, llevar la idea o el sentimiento más allá, contradecir sacando la punta epigramática. Algo muy antiguo y muy moderno.

Estos libros son, más concretamente, *La caja de plata* (1985), *El otro sueño* (1987), *El hacha y la rosa* (1993), *Por fuertes y fronteras* (1996, 2.^a ed. 2002). Los temas, los de siempre, cómo no: el amor, la mujer, el desengaño, la muerte, la lucha siempre perdida y siempre renovada del hombre que se niega a desesperar. Con añadido, con frecuencia, de la ironía, hasta el sarcasmo. Con la frecuente partición del poema en dos mitades, haciendo de contraste o cierre la segunda con respecto a la primera.

Digámoslo de una vez: es el epigrama, bien conocido por De Cuenca en sus estudios sobre la *Antología Palatina*, Catulo y Marcial sobre todo, su principal punto de lanzamiento. Pero añadamos, entre los griegos, el otro punto que es Homero, también Heráclito, Calímaco, Esquilo, etc.; entre los latinos, Catulo, Virgilio, Ovidio, Marcial, Argentario y otros poetas más. Con máxima frecuencia renovando su sentido, actualizándolo, cargándolo de ironía y aun sarcasmo.

Son los clásicos que Cuenca lee y en los que encuentra apoyo para nuevos desarrollos humanos, satíricos, críticos. Siempre es breve y punzante, siguiendo el calimáqueo μέγα βιβλίον, μέγα κακόν.

Un mundo de posibilidades, de formas y contextos nuevos estaba presente en la vieja cantera de los clásicos, el poeta no hace más que descubrirlos, desarrollarlos: a veces en direcciones imprevistas, en contextos nuevos, hasta con conclusiones contrapuestas. El clásico despierta su imaginación, él crea una nueva forma y contenido, que con frecuencia llega hasta la sátira, hasta el sarcasmo. No es un universo cerrado, es al tiempo la cantera de un nuevo universo.

Daré, libro por libro, algunos ejemplos, tomándolos del autor de esta obra.

Una nueva sentimentalidad aparece en *La caja de plata* (p. 39 ss.), lleno de escaramuzas con el amor, el deseo, la muerte, lo lábil de lo que el poeta creía firme, descrito con ironía y aun cinismo: «también ésta se ha ido. Con un mapa de Egipto y con las llaves de mi coche». Y, en cambio, aquello de Píndaro de que «el hombre es el sueño de una sombra» es un alivio en la miseria.

Cuenca hasta puede ser cruel: en «La malcasada», canción de adulterio, en «Degollada»: «Tu cadáver en el baño. Déjame ser feliz, ahora que puedo», en

«Isabel», «Isabel ha dejado de molestarme». Recomienda el recuerdo del gozo, «no lo que sufriste».

Y en otros poemas la visión es la del soñado paraíso, la de resistir pese a todo, quizá de Arquíloco. En todo ello hay una angustia disimulada, escondida.

En *El otro sueño* (1987, p. 91), en «Caída de Bizancio en poder de los godos» hay casi una liberación de antiguos horrores: quizá se transmute en positivo el desespero de Cavafis porque no llegan los bárbaros, eran «una solución». Y son positivos poemas como «Julia» o «La despedida»: «Mientras haya ciudades, iglesias y traidores, leyes injustas... yo te estaré esperando». Es el amor o la ilusión de amor el último refugio, pese a todo. Tiene que ver con el «Epitafio de Cleobulo». Y los dedos de la Aurora, los dedos homéricos, alcanzan ahora al poeta en su lecho, le anuncian un nuevo día, «con sus caricias». La vida y el amor tienen sus derechos. Hay lo bueno y lo malo —y son iguales, según Heráclito y nuestro poeta («Contra las canciones»)—.

Pero el consuelo no es sin sátira. A la malcasada, frustrada por la vida, el poeta le recomienda «ve a un gimnasio, píntate más, alisa tus arrugas (y ponte ropa sexy) y no seas tonta». Es un cierre epigramático un poco amargo.

También sufre el poeta, pide consuelos un tanto inútiles. Me refiero a «el poeta a su amada para que no le tire bombas». Hay la frustración inevitable —y la un tanto grotesca esperanza—. Y el resistir. Y el soñar. Y Píndaro: «vuelve a ser lo que fuiste».

Paso a *El hacha y la rosa* (1992, p. 110). «El juicio de Paris» es paradigma del cambio de plano, de lo heroico a lo cotidiano: son solo los prolegómenos del juicio, la *toilette* de las diosas y Paris que llega silbando «una leve tonadilla». Es casi un juego eso de traer el mito a lo cotidiano. O el de llamar Venus a una mujer que en realidad se parece a la de Willendorf. Alterna la fe en el paraíso («volveremos a vernos donde siempre es de día») con el aburrimiento de Ulises, al que Nausícaa desea, con los «Remedia amoris»: una botella tras otra «y de pronto me puse tan enfermo que conseguí olvidarte».

Y no es solo amor. Al poeta, feliz en la inacción del verano, le duele el contrapunto: «y volver hecho polvo a la barbarie del otoño en Madrid, a los puñales».

El poeta está amargo, casi siempre, en este libro. En *Por fuertes y fronteras* (1996, 2.^a ed., p. 148), igual que Pilatos, no sabe qué es la verdad. Y en la «Teichoscopia» Helena hace sátira de los héroes: Odiseo es un fullero, Agamenón un hombre insoportable, Menelao un idiota que no comprende a las mujeres. Y el poeta rehace el *collige, uirgo, rosas* y a Ronsard, pero con una vulgaridad buscada («córtalas a destajo», «púlete los rosales», «te quite lo bailado»). Y es demoledor el «vamos a ser felices»: un epitafio, el autor dice no saber cómo los huesos de una mujer y un hombre «lograron ser felices».

Y, sin embargo, en «Variaciones», sobre una oda de Horacio, la mujer concluye: «Aunque él es más hermoso / que el sol, y tú la sombra de una sombra / a tu lado, mi vida, he / de morir». Es un consuelo que lo que Píndaro dijo, alguien lo repita.

Estos y otros son los versos en los que De Cuenca juega con griegos y latinos, les saca nuevo jugo: con nuevo pesimismo a veces, otras con ilusión y esperanza.

El amor es el centro, sin duda, pero dentro de ese centro hay otro más profundo, el ser humano, al que se querría salvar, hacer gozar a la luz de la felicidad y la belleza. Pero en su misma negación, en su negativa, el poeta «busca una esperanza». Cree en ella o busca creer en ella. En «Sobre una carta de John Keats», el poeta describe esa felicidad, la mente en paz, el cuerpo desnudo de la amada, las lilas. En «Las tres hermanas» describe la luminosidad de las Parcas. En «Demasiado tarde» busca a la amada fugitiva aunque bien sabe que es «demasiado tarde». Pese a todo, sigue buscando.

Y hay un tercer ciclo, *La vida en llamas* (2006). Más vitalista, menos libresco, con desenfado escéptico: «De la bestia bibliófila surgió un príncipe bellísimo, analfabeto. Habría que intentar adaptarse».

El libro de Luis Suárez hace justicia a los versos de Cuenca, he hecho solo una pequeña selección de ellos. Y siguen unas «Referencias bibliográficas».